

modo sobresaliente las principales ideas acerca de la significación sacramental del matrimonio. Como es lógico, señala el grave problema pastoral de la falta de fe de muchos bautizados que contraen matrimonio canónico, y que se pretende solucionar en primera instancia acudiendo a la teología, para que sienten nuevos principios doctrinales, y desde allí modificar la disciplina canónica. Sin embargo, concluye el autor, el cambio magisterial y disciplinar no se ha producido, de tal manera que no puede negarse el sacramento del matrimonio a los bautizados que, por falta de fe o con una fe débil, están imperfectamente dispuestos; y tampoco cabe convertir la falta de fe en causa de nulidad autónoma del sacramento distinta de la nulidad del pacto conyugal.

Bien es verdad, como señala el papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris laetitia* (2016): «La fe permite asumir los bienes del matrimonio como compromisos que se pueden sostener mejor mediante la ayuda de la gracia del sacramento» (n. 73). Sin embargo, como él mismo destaca a propósito de la peculiaridad del sacramento del matrimonio:

«En el bautismo quedó consagrada su capacidad [del varón y de la mujer] de unirse en matrimonio como ministros del Señor para responder al llamado de Dios. Por eso, cuando dos cónyuges no cristianos se bautizan, no es necesario que renueven la promesa matrimonial, y basta que no la rechacen, ya que por el bautismo que reciben esa unión se vuelve automáticamente sacramental. El Derecho canónico también reconoce la validez de algunos matrimonios que se celebran sin un ministro ordenado. En efecto, el orden natural ha sido asumido por la redención de Jesucristo, de tal manera que, “entre bautizados no puede haber contrato matrimonial válido que no sea por eso sacramento”» (n. 75).

A la vista de todo lo anterior, se comprende que el libro del prof. Rincón no sólo no ha perdido un ápice de interés por el transcurso del tiempo, sino que lo ha incrementado si cabe, como un instrumento especialmente apropiado para seguir profundizando en el significado sacramental del matrimonio.

Javier FERRER ORTIZ

Justin M. WACHS, *Obsequium in the Church: Sacred Tradition, Second Vatican Council, 1983 Code, and Sacred Liturgy*, Collection Gratianus, Section Monographs, Wilson & Lafleur, Québec 2014, 256 pp., ISBN 978-2-89689-161-0

El autor, sacerdote de la diócesis de Sioux Falls, es allí moderador de curia, defensor del vínculo, promotor de justicia y delegado para la evangelización. Doctor en Derecho canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana, nos ofrece

en estas páginas un estudio realizado con gran acierto y mucha profundidad de lo que significa e implica ese *obsequium* que la Iglesia pide a sus fieles. Consta de cuatro capítulos con su propia conclusión, desembocando en una conclusión

general, un epílogo, una bibliografía de catorce páginas y un índice de autores.

El capítulo primero está enteramente dedicado a la etimología y definición del «obsequio» (pp. 17-56), fundamentado en la doctrina de santo Tomás de Aquino y de san Pablo relativa a la obediencia y al culto. Se puede decir que el *obsequium* es un acto personal de obediencia (o de sumisión) a algún superior, del que se sigue que las acciones tanto interiores como exteriores de cada uno, en cuanto las ofrece a Dios, son actos de culto (*cultus* por medio de *devotio* y *latria*). Y así lo son por el *obsequium fidei* y el *obsequium intellectus et voluntatis* que actúan en el creyente. En última instancia, podemos decir que la obediencia a Dios es simultáneamente culto a Dios manifestado a través de una vida de fe, esperanza y caridad, viviendo en Cristo y por tanto, como hizo Cristo, en obediencia a la voluntad del Padre. Además, como veremos más adelante, se pone de manifiesto en el *obsequium* ofrecido a la Iglesia y en una vida de comunión con la Iglesia. Más aún, es el *rationabile obsequium* del creyente ofrecido en unión con el *obsequium humanum* de Cristo hecho presente y activo en la sagrada Liturgia.

En el capítulo II, el autor presenta el «uso de *Obsequium* en las enseñanzas del Concilio Vaticano segundo» (pp. 57-131), en especial en LG 25. A través del bautismo, cada fiel ha sido traído a la Vida, Muerte y Resurrección de Cristo. Por tanto, está llamado a vivir y ofrecer en y con Cristo un *divinum obsequium* al Padre a través de su libre y personal *obsequium fidei*. Y lo hace gracias al *obsequium religiosum intellectus et voluntatis*. Esto hace resaltar con mayor claridad la llamada universal a la santidad proclamada

por los Padres del Vaticano II en LG 40. Cada hombre está creado por Dios y llamado a la comunión con Él. Además, tratándose de un bautizado, tiene la responsabilidad de formar su conciencia rectamente, ya que está hecho para la verdad y, por consiguiente, para el amor. Por esa razón, el mayor y único don que el hombre puede hacer a Dios en respuesta al divino *obsequium* es su propio humilde *obsequium religiosum animi*, o sea el ofrecimiento de su inteligencia y voluntad humildemente sometidos por amor. Además, dicho *obsequium humanum* del creyente, al igual que el de Cristo, hasta puede pedir la muerte, llegando a ser el mayor acto personal de *divinum obsequium*. Por tanto, a través del personal acto de *obsequium fidei* mediante el *obsequium religiosum intellectus et voluntatis*, el creyente se hace «un hombre vivo» y, por consiguiente, alcanza su gloria ofreciéndose él mismo como sacrificio vivo.

El capítulo siguiente estudia el «uso de *Obsequium* en el Código de Derecho Canónico de 1983 a través de los cánones 218 y 752-753» (pp. 133-182), mostrando en primer lugar la novedad de la presencia del *obsequium* en la legislación codicial, tanto latina como oriental. Este estudio lleva a entender que el *obsequium religiosum intellectus et voluntatis* se sitúa en el mismo corazón de la vida de la Iglesia. De hecho, es el medio con el cual cada creyente hace su *obsequium fidei* a Dios. Más aún, como se comprueba en la vida consagrada, ha de vivirse en y con Cristo. En ese sentido, el acto libre y personal de *obsequium humanum* del creyente pasa a ser un *obsequium divinum* en cuanto vivido en y con Cristo. De hecho, la *lex credendi* y su traducción canónica en la *lex Ecclesiae*, o sea el Código de derecho canónico, lo de-

muestra. Es un *obsequium in communione* el que construye realmente y fortalece la *communio fidei* que es la misma Iglesia. Todavía hay más: ese *obsequium in communione* apunta a la *lex orandi* de la Iglesia. Con lo cual, al profundizar en los cánones 218 y 752-753, se ha conseguido entender mejor cómo y por qué la Iglesia puede y debe pedir el *obsequium* a ella misma y a sus miembros. Nos ayuda también a considerar el uso del *obsequium* en la *lex orandi* en la que dicha comprensión del *obsequium in communione* se practica, fortalece y vive de cara a las generaciones presente y futura. Y de hecho en la sagrada Liturgia se eleva y une al *obsequium divinum* de Cristo en la medida en que el creyente ofrece su *rationabile obsequium* al Padre.

El camino se encuentra preparado para el capítulo cuarto y último sobre el «uso de *Obsequium* en la Sagrada Liturgia» (pp. 183-221), en el que se trata de las oraciones de la Santa Misa, de la Liturgia de las horas o de las rúbricas. Como han enseñado los Papas, el *obsequium* a la *lex orandi* de la Sagrada Liturgia asegura que el fiel cristiano pueda participar activamente y vivir la Liturgia sagrada, por medio de la cual recibe el «*obsequium*» de Dios y es llevado en el *obsequium divinum* de su Hijo. De este modo, puede cumplir más fielmente su propio deber de responder a Dios mediante un verdadero culto, o sea *rationabile obsequium*, por medio de aquello que construye de continuo a la Iglesia en cuanto «*communio de obsequium*». Además, en esto consisten precisamente los medios con los que se tributa un auténtico culto a Dios. Por otra parte, a través del *obsequium* a la *lex orandi*, los frutos del divino *obsequium humanum* de Cristo se derraman de continuo en el mundo. De

ese modo, a través del *obsequium* a la *lex orandi*, se perpetúa la *lex credendi* y, por consiguiente, el *sensus fidei*. Y se conserva el depósito de la fe a la par que se desarrolla de tal modo que pueda ser entregado a la generación actual y a las que seguirán, siendo la *communio fidei* de cada generación fortalecida por el *obsequium in communione* de los creyentes.

Si consideramos el Magisterio reciente, se aprecia que tiende a proteger el *obsequium* entendido a la vez como obediencia y culto. Dicho Magisterio existe para proteger y facilitar el cumplimiento de la imitación de Cristo. De hecho, la Iglesia invita a cada uno de sus miembros a que ofrezca el *obsequium fidei* mediante el *obsequium religiosum intellectus et voluntatis*, el cual, como consecuencia, prepara al creyente a ofrecer un *obsequium rationabile* en y por medio del *obsequium humanum* de Cristo hecho presente por medio de la sagrada Liturgia. Y lo hace en razón del «*obsequium*» de Dios que ha recibido primero y que espera su respuesta. Aparece claro entonces que la Iglesia es una «*communio de obsequium*». El *obsequium* se encuentra en el centro de la vida de la Iglesia. Sin *obsequium in communione* no hay *communio fidei*. Sin *obsequium fidei* mediante el *obsequium religiosum intellectus et voluntatis* no se da un *rationabile obsequium* ofrecido al Padre.

Como se puede apreciar, el autor ha procedido gradualmente, por etapas, y merece la pena detenerse a ahondar en el fruto de su reflexión, para sacarle mucho provecho en favor de esa *communio fidei* y, en definitiva, del deber fundamental de la comunión tal como lo expresa el canon 205.

Dominique LE TOURNEAU